

oyeran dar gritos trágicos o pronunciar arengas heroicas. Durante el día pasábase largos ratos ante el espejo estudiando actitudes, ensayando gestos, con un fervor no exento en absoluto de arte, pero revelador de la preocupación obsesionante que lo engendraba.

Al fin, la torturadora y tenaz aspiración, forzando los frenos de los miramientos sociales y los respetos familiares, quiso trócarse en realidad viviente, y Charito Ordóñez, con la complicidad de una criada, a quien venía dirigida la correspondencia, púsose en relaciones con una Empresa cinematográfica de América, que tenía establecida una Agencia en nuestra ciudad condal.

Y una noche, sin despedirse de sus padres y hermanas, que sabía irreductiblemente opuestos a sus aficiones y propósitos, cogió todas sus alhajas y el ahorro de efectivo que había logrado hacer y, auxiliada por la cómplice servidora, levantó el vuelo hacia la rosada región de sus ideales, esto es, marchó para Barcelona, desde donde, previo un ligero examen de sus aptitudes, del que tenía la seguridad de salir airosa, partiría para América, para la «ciudad camaleón», sede social de la Empresa contratista y fuente y taller de la principal producción cinematográfica.

II

En Los Angeles, la ciudad encantada de las metamorfosis sorprendentes, de las maravillosas decoraciones y el transformismo taumatúrgico en las calles y en las campiñas aledañas, la lucha entre los artistas ansiosos de conquistar la celebridad y la fortuna era imponente y abrumadora. En Charito Ordóñez los directores técnicos de aquella gran Empresa apreciaron un arte espontáneo, natural, un poco primitivo, como emanante de un espíritu falto de refinamientos mundanales y de complicaciones psicológicas. Y se le confiaron los papeles en que había de mostrar ingenuidad, honradez de sentimientos, pasiones puras y romántica éxtasis.

Al principio sintióse un poco aturdida en aquel mundo inconsistente y polifacético, en el que la vida tenía algo de torbellino, de catarata, donde la luz del arte se rompía en innumerables formas y matices, como la claridad del Sol, en orgía cromática y lineal, brilla en los planos vertiginosos y en las rizadas ondas y perlas espumosas de una rompiente.

Enajenada por el encanto y la actividad febril de su nueva existencia, Charito Ordóñez apenas tenía tiempo para acordarse de su vida pasada, de sus padres y hermanos y su tranquilo hogar... Alguna vez, en el breve descanso, solía representársele, como una visión vaga y remota, su existencia anterior, con la monotonía del vivir pueblerino, siempre igual, sin estímulos acuciantes ni fuertes emociones, sin peligrosas aventuras, aplastante, en fin, en su rutinismo y simplicidad.